

BERLÍN, ALEMANIA Y LA «GUERRA FRÍA»

Berlín fué el escenario de la primer gran operación de la «guerra fría» y un gran triunfo, además, con el «puente aéreo» de 1948-49, del Occidente sobre la Unión Soviética, lo que basta para dar un especial interés al conflicto provocado por esa especie de ultimátum soviético del 27 de noviembre del año pasado y que ya está haciendo inevitable una cosa por lo menos que John Foster Dulles, artifice de la política exterior norteamericana desde hace seis años, nunca hubiera querido: la celebración de una conferencia de alto nivel que jamás podría circunscribirse a una discusión dedicada exclusivamente al problema de Berlín. Berlín es, por supuesto, más importante que Sarajevo o que Danzig, aun cuando regularmente la situación que allí se ha venido dando, a lo largo de casi tres lustros, anda cerca ya de haber tenido la virtud de acostumbrar al mundo a conllevar lo extraordinario y anormal. Pero a veces, cuando de pronto surgen o se plantean de nuevo problemas de tanta gravedad como este de Berlín, en espera de arreglo desde la terminación de la segunda guerra mundial y que en los últimos meses ha mostrado una tendencia irresistible y alarmante al empeoramiento, se llega a tener la impresión de que los estadistas se olvidan alguna vez de las cuestiones fundamentales para, siguiendo el curso de lo circunstancial y localizado, desembocar en lo irremediable.

Un día, hace ya dos años, cuando andaban muy mal las cosas por el Oriente Medio, Mr. Dulles, el hombre que más clara y concretamente se ha destacado como el símbolo, en estos años de posguerra, de la resistencia occidental frente al Comunismo, habló de la guerra atómica como de algo increíble, aun cuando todavía posible. «Es más—declaró—, la Historia sugiere que un conflicto tan básico como ese que divide al mundo de la libertad y al mundo del Comunismo internacional desemboca finalmente en la guerra. Nosotros rechazamos esa sugerencia.» Pero, a pesar de todo,

es necesario evitar, insistió, la guerra general, porque en el caso de estallar «no podría salir de ella un vencedor real».

Nunca el mundo se había encontrado antes de ahora ante una situación remotamente parecida. Las grandes potencias—y de éstas apenas si hay más que dos, aun cuando se vislumbra ya cómo surge una tercera, China—están convencidas de que la guerra, una guerra general o total, como ahora se prefiere decir, conduciría fatalmente a la derrota; es más: el aniquilamiento completo del enemigo; pero conduciría también y con no menor certeza a la propia y total extinción. Y ante una situación así es natural que la guerra pierda interés y aliciente. Pero no todo en el mundo está circunscrito a dos grandes potencias, por grande que sea su dominación o su influencia. y por todas partes se encuentran puntos de rozamiento constante capaces de acabar transformándose en un grave irritado crecimiento canceroso. Ahí está Berlín para demostrarlo y especialmente desde ese día en que la Unión Soviética pidió ni más ni menos que la retirada de la representación armada que tienen allí las potencias occidentales.

Berlín es, además de una gran ciudad de cuatro millones de habitantes y ex capital de una gran nación, el punto de encuentro o coincidencia de una serie de factores, físicos y morales, espirituales y materiales, que bastarían para explicar—aun cuando no siempre para justificar—que por Berlín se encontrase el mundo, al ir tocando a su fin esta primavera, al borde mismo de esa guerra que se quiere presentar como algo increíble más bien que posible. Está cerca ya la hora de las decisiones—o de dar con nuevas fórmulas que permitan seguir dejando para mañana la resolución del problema—y por ello se advierte con mayor claridad que la cuestión de Berlín es la cuestión de Alemania entera y que ésta, a su vez, es ni más ni menos que la cuestión de la reunificación que todos piden y pocos, muy pocos, estiman viable en un futuro inmediato.

Berlín representa y simboliza muchas cosas a la vez—esto es lo grave no menos que significativo—y por ello despierta un interés tan grande como justificado. Es, por ejemplo, un lugar casi ideal para hacer concesiones susceptibles de interpretarse como apaciguamiento, algo de lo cual se ha hablado mucho a lo largo de estos años de posguerra y que ha llevado al Presidente de los Estados Unidos, en una declaración reciente al Congreso, a declarar en actitud solemne:

«Los Estados Unidos son alérgicos al apaciguamiento. No habrá apaciguamiento de la agresión comunista mientras sea yo presidente. Hoy, desde

el Líbano hasta Quemoy, esos que por el mundo estarían dispuestos a hacernos daño saben que los Estados Unidos no se dejarán intimidar, no tolerarán la expansión territorial por la fuerza.»

Y Berlín puede ser la plataforma ideal para demostrar que en el fondo nada ha cambiado. Quizá en algo así pensaba Mr. Dulles durante su reciente—acaso el último—viaje a varias capitales europeas, en preparación de la postura que las principales potencias occidentales acabarían adoptando para responder al ultimátum soviético sobre Berlín. En el cordial, acogedor ambiente de la calurosa bienvenida que le tributó el canciller Adenauer, Mr. Dulles declaró:

«No es necesario examinar de nuevo las cuestiones fundamentales. Son fijas, sólidas e inquebrantables.»

En ese caso, ¿para qué el diálogo?

Pero Berlín y el mundo necesitan de diálogo. Porque de lo contrario la situación acabaría siendo muy pronto intolerable.

* * *

¿Por qué no tomar Berlín como el punto de partida para algo que deje atrás definitivamente la fase de la «guerra fría» y sea el comienzo de eso a lo que apuntó el mismo Mr. Dulles en una importante conferencia pronunciada ante el Colegio de Abogados de Nueva York? Al pedir la sustitución de la justicia y el derecho por la fuerza, habló de un sistema que dejaría sitio para «el cambio pacífico en el cual estuviese de manifiesto la justicia» y que ofrecería un ambiente de orden asentado sobre el principio de que la fuerza quedaría reemplazada por «la justicia comunal, el reflejo de la ley moral».

«A menudo—añadió entonces—se identifica con la imposición de la dominación «benévola» de las naciones fuertes sobre las débiles. La mayoría de estos esfuerzos se disolvieron en la guerra... Pero el mundo de hoy es muy diferente del mundo de los siglos pasados, No se le puede dominar. De aquí que haya sonado la hora del gobierno del Derecho.»

Pero a medida que se acerca el momento en que sea forzosa una decisión sobre Berlín, sobre una crisis que ha tenido un planteamiento artificial —a pesar de que sobran, y esto es lo paradójico, motivos para ello—se acentúa la impresión de que la fuerza, mucho más que la justicia o el derecho, sigue siendo un factor preponderante. La crisis de Berlín, una vez

resuelta hace diez años, no hubiera surgido de nuevo, en forma tan parecida a la de entonces que apenas si se puede creer que hayan pasado todos estos años, de no haber perdido los Estados Unidos el monopolio que antes tenían de los armamentos nucleares. Aquella primer explosión de una bomba atómica soviética a fines de 1949 alteró muchas cosas. Entre ellas, la posición de franca supremacía en que habían acabado por encontrarse los Estados Unidos al disfrutar ellos solos de un instrumento de aniquilamiento y coacción cuyo igual no había sido conocido hasta entonces. De haber seguido unos cuantos años más aquella posición de inestabilidad que tanto favorecía a los Estados Unidos hubiera sido posible, sin duda, la iniciación de una nueva era de larga, sostenida tranquilidad que viniese por tercera vez a dar al mundo un dilatado período de calma y sosiego, una nueva «Pax romana» o una repetición de la posterior «Pax británica» que construyó para su mejor sostenimiento unos cimientos de legalidad y derecho —el principio de la «santidad de los tratados»— que tanta importancia ha tenido en la política exterior de Inglaterra. Pero ¿es realista pensar siquiera en sueños, como ese de Mr. Dulles, cuando la decisión ha de ser, en cualquier caso, negociada, consecuencia de haberse llegado a una posición de equilibrio en el ejercicio del poder que da la posesión de las armas definitivas?

Para gobierno de las relaciones futuras sobre Berlín se pretendió establecer una especie de sistema de justicia y derecho, asentado sobre los tratados y los acuerdos que hiciese imposible la repetición de episodios como aquel de 1948. ¿Y qué es lo que se ha conseguido? Nada sencillamente.

* * *

Desde un punto de vista legal o contractual, la cuestión de Berlín se remonta a octubre de 1943 cuando, en la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores celebrada en Moscú, los Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética acordaron en principio compartir la responsabilidad conjunta por el futuro de Alemania y el establecimiento, a la terminación de la guerra, por supuesto, de un régimen de ocupación conjunta. De esa conferencia salió el acuerdo de crear la Comisión de Consejo Europea con la misión de colaborar en la preparación de un programa común para la Alemania de la posguerra.

Esta comisión, que estuvo trabajando desde enero de 1944 hasta agosto

de 1945, cuando se celebró la Conferencia de Potsdam, en la que los Estados Unidos estaban representados por John G. Winant, Inglaterra por sir William Strang y la Unión Soviética por Fedor T. Gusev, llegó pronto a un acuerdo para el establecimiento de una ocupación conjunta de Berlín y la creación de una zona de ocupación soviética en la Alemania Oriental, cuya frontera occidental es la que separa actualmente a las dos Alemani.

En su decisión de fines de noviembre pasado, la Unión Soviética denunció un acuerdo básico de esta comisión, el del 12 de septiembre de 1944, que define las zonas de ocupación soviética, norteamericana e inglesa—la francesa vino después, creada mediante concesiones hechas por los Estados Unidos e Inglaterra en sus zonas respectivas—en Alemania y en la ciudad de Berlín, por la cual se creaba una administración conjunta.

Posteriormente, el 14 de noviembre del mismo año, la Comisión de Consejo Europea llegó al acuerdo de creación de un Consejo de Control Aliado que ejercería la autoridad suprema en Alemania como un todo, a la vez que cada uno de los comandantes aliados—norteamericano, inglés y soviético—ejercía la autoridad suprema, de acuerdo con las decisiones de su propio Gobierno, en su respectiva zona de ocupación.

Estos dos acuerdos fundamentales—en los que no se menciona para nada la cuestión relativa al mantenimiento garantizado de rutas de acceso a Berlín—fueron ratificados por la Conferencia de Yalta, en febrero de 1945, con la participación de los jefes de Gobierno de Inglaterra, los Estados Unidos y la Unión Soviética. Aquí también se estableció que Francia recibiría una zona de ocupación y que tendría participación en el Consejo de Control Aliado.

Cuando se produjo la rendición de Alemania, en mayo de 1945, ingleses y norteamericanos se encontraban ocupando una gran parte del territorio de Alemania, hasta el río Elba, bastante más hacia el Este de lo que había sido establecido en el acuerdo sobre las zonas de ocupación. Por otra parte, los rusos se encontraban ocupando Berlín y se tenía ya el convencimiento de que el acuerdo sobre la ocupación conjunta de la ciudad no sería realizable a menos que ingleses y norteamericanos se replegasen parcialmente, dejando para ser ocupado por las tropas soviéticas la totalidad del territorio que se había acordado previamente.

Dió esto lugar al acuerdo de Berlín, firmado el 5 de junio de 1945 por los comandantes militares de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y la Unión Soviética en Alemania y por el cual se informaba que los cuatro Go-

biernos, a partir de ese momento, asumían «la autoridad suprema con respecto a Alemania».

La Conferencia de Potsdam se tradujo, en agosto de aquel mismo año, en la decisión que reafirmaba el acuerdo de Berlín sobre las zonas de ocupación y el Consejo de Control, pero sin hacer mención alguna de la ciudad de Berlín.

Tres meses después, el 30 de noviembre, el Consejo de Control Aliado de Berlín acordó la creación de tres pasillos aéreos para la comunicación entre la ciudad y la Alemania occidental y por los cuales la comunicación aérea podría desarrollarse normalmente y sin necesidad de aviso previo de ninguna clase.

Posteriormente, en mayo de 1949, al cabo de un período de negociaciones secretas en las Naciones Unidas, el Gobierno soviético decidió poner fin al bloqueo a que había sido sometido Berlín en junio del año anterior y que había conducido evidentemente al fracaso, a causa del gran éxito del «puente aéreo» establecido por las potencias aliadas, en particular los Estados Unidos, que hizo posible el traslado de todo lo necesario—víveres, carbón y hasta materias primas industriales—para el sostenimiento de más de dos millones de personas. Por el acuerdo Jessup-Malik (el Dr. Philip W. Jessup y Yakov A. Malik eran los representantes de los Estados Unidos y la Unión Soviética, respectivamente, en las Naciones Unidas) la Unión Soviética suspendió el bloqueo de Berlín y las naciones occidentales el contrabloqueo económico impuesto a la Alemania oriental. También se decidió la celebración de una conferencia tripartita de ministros de Asuntos Exteriores en París, convocada para el 23 de mayo siguiente.

Esta conferencia ratificó el acuerdo Jessup-Malik y acordó, además, que para facilitar el transporte y las comunicaciones entre las diferentes zonas de ocupación y entre estas zonas y la ciudad de Berlín, «las autoridades de ocupación, cada una en su propia zona, asumirán la obligación de adoptar las medidas necesarias para asegurar el funcionamiento normal y la utilización de los transportes por ferrocarril, agua y carretera...»

Por el convenio del 23 de octubre de 1954, los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, por una parte, y la República Federal Alemana, por la otra, se reservaban para las tres primeras potencias «los derechos y responsabilidades... relacionados con Berlín» con objeto de dejar así establecida su continuación allí después de la creación de la República Federal Alemana como Estado independiente y soberano.

Finalmente, el 20 de septiembre de 1955 se firmó el acuerdo entre la Unión Soviética y la Alemania oriental, que significa el reconocimiento por parte de la primera de la soberanía de la República Democrática Alemana y por el cual el Ejército soviético se reserva el control del movimiento de todo el personal militar y mercancías norteamericano, inglés y francés, entre los sectores occidentales de Berlín y el territorio de la República Federal Alemana.

Estos son los cimientos legales que sostenían el estado de cosas existente hasta el momento en que la Unión Soviética, por decisión unilateral, pidió la retirada de las fuerzas aliadas que se encontraban en Berlín y la transformación de sus sectores de ocupación—pero no el oriental—en una «ciudad libre» que podía ser sometida a un régimen administrativo bajo los auspicios de las Naciones Unidas.

* * *

En la cuestión de Berlín se advierte la existencia de un acuerdo, expreso a veces, táctico a menudo, para la coexistencia y la colaboración del Oriente y Occidente, para una situación que resulta siempre, a la larga, inaceptable para el Comunismo. La Unión Soviética intentó acabar con ese estado de cosas con el bloqueo de 1948-49 y parece dispuesta a repetir ahora el ensayo, a pesar de la experiencia de entonces, nada favorable para ella. Esto pudiera, por sí solo, apuntar a una situación más grave, a una decisión más dura, cualesquiera que pudiesen acabar siendo las consecuencias. Lo que está en juego, en estos momentos, no es únicamente el futuro destino de bastante más de dos millones de alemanes, para quienes un nuevo bloqueo difícilmente supondría la repetición de las memorables jornadas de 1948-49, que tanto quebranto significaron para el prestigio de la Unión Soviética. Es, en síntesis, la paz del mundo.

Para la Unión Soviética y para la Alemania Oriental, su instrumento de acción en este caso, resulta inaceptable la prolongación indefinida de una situación que permite, en cada instante, mantener en vivo contraste permanente dos regímenes y su obra, con desventajas tremendas para uno de ellos. El ambiente monótono, sombrío, miserable del Berlín oriental, resulta mucho más intolerable por encontrarse a un paso nada más del ambiente espacioso y deslumbrante de las avenidas, los escaparates y los espectáculos del Berlín occidental, rebotante de animación, alegría y ansia

de vivir. En busca de este ambiente—más animado y esperanzador todavía cuando se habla de la posibilidad de acabar convirtiendo la ciudad en una especie de Estado de la Alemania Occidental, de la celebración de sesiones solemnes del Parlamento de Bonn y de los preparativos para la elección allí mismo del nuevo Presidente, ahora que el doctor Theodore Heuss se acerca a la terminación de su segundo mandato—acuden todos los años miles y miles de alemanes orientales, un promedio que a menudo pasa de los 200.000 anuales, que apenas baja de los 150.000, y esto un año detrás de otro.

Berlín es algo más que un contraste entre dos regímenes. Es asimismo una puerta abierta casi constantemente a la comunicación de una parte de la ciudad con otra y a la larga, entre las dos porciones del país, y algo también que a veces es un instrumento eficaz para el mejor desarrollo de una política y otras un formidable factor de coacción y amenaza.

En Berlín se está demostrando día a día que a la larga resulta absolutamente imposible el mantenimiento de una actitud de total inflexibilidad como la adoptada por el doctor Konrad Adenauer, Canciller de la Alemania Occidental, que no sólo se niega al reconocimiento, en cualquier condición que sea, del régimen comunista de la Alemania Oriental, sino que sostiene la decisión inquebrantable—y un tanto desprovista de sinceridad y candor—de no mantener trato ni relación alguna con ese régimen y sus medios de expresión y de romper las relaciones, como hizo con Yugoslavia no hace tanto tiempo, con cualquier país amigo de la Alemania Occidental que acabe otorgando el favor del reconocimiento diplomático al de la Alemania Oriental. El Gobierno de Bonn habla, en teoría, en nombre de todos los alemanes. Por lo menos mientras no se registre un cambio fundamental que resuelva no sólo el problema de Berlín, sino el de toda Alemania dividida mediante la reunificación conseguida sobre la base, según las condiciones mínimas fijadas hasta ahora por el Canciller Adenauer, de la previa celebración de unas elecciones generales y totalmente libres, cosa que resulta absolutamente inaceptable para el Comunismo. Pero esta actitud de aparente intransigencia absoluta no ha impedido el mantenimiento de relaciones, de creciente importancia además, que en la práctica suponen el reconocimiento de eso cuya existencia oficial se niega absolutamente. Hay relaciones comerciales, sobre todo, entre la Alemania Occidental y la Oriental, y hay relaciones y acuerdos de muchas clases en Berlín. como habría de ser necesariamente en una ciu-

dad donde unos 38.000 residentes del Berlín occidental trabajan en el sector oriental y son pagados en marcos de la Alemania Oriental—a los cuales se da un valor de cambio, incidentalmente, a la par, mientras que el valor de cambio real difícilmente llega para el marco oriental a la quinta parte del valor que tiene el marco occidental—a tiempo que en el Berlín oriental trabajan regularmente casi 100.000 alemanes que viven en el sector occidental de la ciudad.

Las relaciones—y alguna vez las negociaciones—que han hecho posible una situación así, es algo que la Unión Soviética ansía aumentar y ensanchar y que el actual régimen de la Alemania Occidental insiste en mantener estacionario y sellado, por temor a que se traduzca en una situación de hecho que, al ser reconocido como tal por otros países, sirva para dar solidez y permanencia al régimen comunista de la Alemania Oriental. Mejor mantener el actual estado de cosas sin exponerlo a los riesgos y contingencias de alteraciones fundamentales que pueden trastornar del todo el «statu quo» actual, que, incidentalmente, está resultando mucho menos incómodo e intolerable de lo que era para los alemanes en un principio.

* * *

Por esa actitud cerrada, intransigente, del canciller Adenauer, la política exterior de la República Federal alemana ha perdido elasticidad y su campo de maniobra es más reducido cada día. Ha servido para que Alemania dejase de ser un factor importante, y acaso también muy influyente, en el desarrollo de acontecimientos que tal vez sólo hayan ofrecido por ello tentadores indicios de todo lo que, en un ambiente menos rígido, hubieran llegado a ser. Una política exterior de la Alemania Occidental más elástica y sutil pudiera tener como una de sus consecuencias inmediatas, el distanciamiento de Polonia de la Unión Soviética, sacando todo el partido posible a fenómenos como el que llevó a Wladyslaw Gomulka de la cárcel y el confinamiento al Poder, y una actitud en general más comprensiva y humana frente a los problemas de algunos países satélites sometidos a la Unión Soviética por razones no sólo políticas y militares, ya que ha tenido y tiene mucha influencia todavía el temor a que la inflexibilidad de la política alemana no sea más que la expresión, en último término, de un sentimiento de desquite y revancha, en alguna incierta

ocasión futura, por las mutilaciones que Alemania ha sufrido por encima y más allá de todas las conquistas hechas por Hitler cuando andaba ansiosamente en busca del codiciado «lebensraum».

Acaso esta inflexibilidad haya sido el precio obligado, y bastante alto, que los alemanes—y pudiera ser que en definitiva los europeos occidentales también—habrán de pagar por las grandes ventajas que para ellos ha tenido esa sorprendente reorientación política y económica que ha convertido a la República Federal Alemana en una pieza indispensable de la colaboración occidental y en un poderoso factor de unidad de la llamada «Pequeña Europa», la agrupación de seis Estados—Francia, Italia, la Alemania Occidental, Bélgica, Holanda y Luxemburgo—en la Comunidad Económica Europea y el Euratom. Por vez primera en tanto tiempo que la Historia ha perdido la conciencia de ello, el Rhin es un factor de unidad y trabajo pacífico y colaborador, no de divisiones y guerras, como había venido sucediendo siempre en el pasado, como había venido siendo hasta el punto de que apenas había concluído un conflicto ya estaban preparando las causas que harían inevitable el siguiente.

Tan fuerte, tan decidido es este movimiento de aproximación de la Alemania Occidental a sus vecinos por el Oeste, a Francia sobre todo, y tan fundamentales parecen ser ya las consecuencias a que ha conducido hasta ahora, que, fenómeno extraordinario, la mayor resistencia a que se haga concesión alguna en las negociaciones inevitables sobre el futuro de Berlín arranca ahora de Francia, no precisamente de la Alemania Occidental o de los Estados Unidos. Tan fantástico es el cambio que se ha venido produciendo, que existen incluso motivos para sospechar de la sinceridad misma de la sostenida agitación en favor de la reunificación de Alemania.

Se tiene el convencimiento, por lo pronto, de que a nada o a muy poco puede concretamente conducir el hecho de que mister Dulles primero y el propio doctor Adenauer, después hayan declarado que unas elecciones libres ya no tienen necesariamente que ser el primer paso obligado para alcanzar la meta codiciada de la reunificación de Alemania. Y menos todavía, con lo que se acentúan ciertas características paradójicas de la situación actual, después de haberse mostrado Kruschew tan generoso y condescendiente que llegó a decir que no advertía la causa que acabase haciendo imposible la celebración de esas mismas elecciones a las que tan resueltamente se había opuesto la Unión Soviética hasta entonces. (Aun

cuando tiene esto la «pega» de toda concesión en la materia, correría a cargo de la Alemania Oriental, no de la Unión Soviética.)

¿Es porque tanto Adenauer como Kruschew estaban completamente convencidos de que la reunificación es ya, por ahora, imposible?

Frente a la voluntad misma de los hombres, de algunos hombres por lo menos, las cosas acaban encontrando su propia manera de ir encajando y amoldándose en posiciones que si siempre hubiesen de ser forzadas e inflexibles acabarían resultando totalmente insoportables. Y este cambio continúa y se actúa incluso en los momentos en que más irreconciliables parecen ser las actitudes de antagonismo e intransigencia. Y su acción por el centro del continente europeo en estos años de postguerra se ha traducido ya en cosas extraordinarias.

Por un lado está la gradual y constante integración de la zona oriental de Alemania en un sistema económico que mira hacia el Este. Una vez que se ha dejado atrás el brutal proceso de desmantelamiento industrial y el pago excesivo de reparaciones de guerra por la Alemania Oriental, ha ido surgiendo muy lentamente, al principio, un renacimiento que era la manifestación de un vigoroso sentimiento de apego a la vida misma: el deseo insaciable de trabajar y vivir. Y como para este deseo no había otras perspectivas que las que miraban hacia el Este, hacia ellas se puso a mirar. Surgió el fenómeno con mucho retraso, en comparación con lo que estaba sucediendo en la otra porción del suelo germano, pero está teniendo hoy manifestaciones no menos vigorosas e inconfundibles. Por la Alemania Oriental hay actualmente un resurgimiento económico que en algunos aspectos marcha a un ritmo tan rápido y tan sorprendente como el que acabó traduciéndose en eso que todo el mundo ha dado en llamar el «milagro alemán». Con la gran diferencia de que el fenómeno de la porción oriental del país se produce de cara hacia el Este y está integrándose rápidamente en la totalidad de la economía comunista, hasta el punto de que están en preparación o en construcción vastos sistemas de oleoductos para comunicar las regiones petrolíferas del Mar Caspio con la Alemania Oriental y otros puntos de la Europa Satélite. La economía no menos que la política, continúan partiendo a Europa por el medio.

Por el otro lado, nos encontramos con la Alemania en la fase ya muy adelantada de un vasto proceso de integración económica con la mayor parte de la Europa occidental. A tiempo que se van consumiendo las etapas de transición para dar plena realidad al tratado de Roma sobre la

creación de la Comunidad Económica Europea y el Euratom, se van formando vastas agrupaciones de intereses bancarios e industriales capaces de traducirse muy pronto en el cemento que consolide y solidifique un proceso de integración económica y unidad sin precedentes históricos en una tan amplia escala. Tales son las posibilidades que lleva dentro de sí que hace inevitable el que una y otra vez se vuelva la mirada a las páginas de la Historia, para contemplar las consecuencias de aquella unión aduanera de una multitud de Estados y otros territorios alemanes que acabó desembocando en el Imperio.

Es la primera vez que en Europa se ha salido de una guerra sin anhelos incontenibles de desquite, a pesar de los cambios y los trastornos y las dislocaciones que produjo, con desplazamientos humanos en masa, con **grandes corrimientos** de las divisiones fronterizas, con la creación de situaciones tan artificiales como países desmembrados y divididos, ciudades partidas en varios sectores de ocupación, zonas internacionalizadas como la de Trieste y así sucesivamente.

Es esta una gran realidad que ha partido literalmente a Alemania en dos y ha creado una situación que hoy, diez años después del reconocimiento de la independencia de la República Federal Alemana y la decisión soviética de reconocer la «soberanía» de la República Democrática Alemana, da una sensación de superficialidad a todo lo que se dice cuando se habla de la reunificación. Reunificación, sí; pero, ¿en qué condiciones? Hubo un tiempo en que frente a la posición irreductible de Adenauer, de reunificación a través de unas elecciones libres, estaba la posición casi diametralmente opuesta de la socialdemocracia, partidaria de explorar, cuando menos, cualquier posible avenida que pudiese conducir a la codiciada meta. Hace tiempo que la socialdemocracia abandonó esa actitud para empezar a irse aproximando, en el fondo, a la posición de Adenauer y sus cristianodemócratas, la menos fácil de alcanzar. Sobre todo desde el día en que, entre éstos, ha empezado a surgir el deseo de adoptar una actitud menos inflexible, más realista, en relación a los grandes problemas de la hora.

Hay indicios incluso de que el propio doctor Adenauer llegaría al reconocimiento, «de facto», del régimen de la Alemania Oriental. Quizá sean exageradamente optimistas quienes participan de parecidas opiniones, pero acaso no sería imposible que aceptase ya como inevitable la decisión de otorgar una mayor autoridad e importancia a los distintos organismos res-

ponsables de las relaciones de muchas clases que existen entre los alemanes de una y otra parte y que resultan absolutamente indispensables para el mantenimiento de unos contactos comerciales que andan ya alrededor de los 2.000 millones de marcos.

Son pocos ya, por lo pronto, los alemanes que insisten en mantener la cuestión de la reunificación en el primer plano de la actualidad política y los grupos y partidos que por esta causa se han formado han ido perdiendo terreno e influencia con sorprendente rapidez. Lo cual quiere decir que más allá de unos reducidos grupos intelectuales, la reunificación es tema que puede interesar, pero que no apasiona y que preocupa menos cada día.

En teoría, todo el mundo, prácticamente, es partidario de la reunificación. Pero, ¿y en la práctica?

* * *

Ante todo sería necesario pensar cómo se haría la reunificación y, en el caso de hacerse, qué consecuencias tendría. En algunos sectores de la opinión alemana se ha llegado al convencimiento de que la reunificación en estos momentos, significaría un retraso de dos años en el estado de progreso material alcanzado por la Alemania Occidental, el precio a pagar necesariamente por la incorporación al suelo patrio de una zona mucho menos desarrollada económicamente, en algunos casos con una economía que ha sufrido y está sufriendo graves quebrantos a causa de la incontenible tendencia, entre otras cosas, de los alemanes de la parte oriental a marcharse hacia la parte occidental del país, en busca de libertad y quizá también de algún mayor bienestar y holgura.

La reunificación sólo sería posible, pues, a cambio de grandes sacrificios por parte de la Alemania Occidental. ¿Estarían los ciudadanos de la República Federal Alemana dispuestos a hacerlos? La respuesta habría de ser muy dudosa, en el mejor de los casos. Desde este punto de vista, la reunificación es un deseo o, si se prefiere, una aspiración más bien que una necesidad.

Pero es que la reunificación llevaría aparejados serios trastornos y la necesidad siempre de grandes concesiones. ¿Qué se iba a hacer, por ejemplo, con el sistema de enseñanza, o con las industrias nacionalizadas, o con tantas otras cosas que han ido imponiéndose a lo largo de los años y que han echado raíces hondas en cualquier caso?

Y, es más, ¿resultaría aceptable para el alemán occidental la reunificación que tuviese como una consecuencia inmediata un cambio de orientación, el desviarse por lo menos de los contactos tan estrechos, tan íntimos con el resto del mundo occidental para adoptar una postura neutralista en el mejor de los casos? Pudiera al fin y al cabo tener razón el doctor Adenauer al no insistir ya tanto en la reunificación como un objetivo que debería ser alcanzado por todos los medios y a cambio de cualquier clase de sacrificios, con la excepción del recurso a las armas. Esto llevaría implícitas concesiones que acabarían en realidad convirtiendo a 52.000.000 de alemanes en eslavos por amor a la libertad de otros 17.000.000 de alemanes.

La presentación del problema en estos términos es lo que ha conducido a más de un observador a la conclusión de que el Canciller Adenauer ha perdido ya todo el interés que pudo haber tenido en otro tiempo en la cuestión de la reunificación de Alemania. Es una conclusión quizá injusta. Mejor tal vez sería presentarla de otra forma, como el convencimiento del Canciller Adenauer de que la reunificación no es posible ya en los días de vida que le quedan y tal vez en muchos días más después de su muerte. Y, en definitiva, algo parecido piensa la mayoría de la población de la Alemania Occidental, a juzgar por los resultados de una encuesta reciente.

La inmensa mayoría de los alemanes han llegado al convencimiento de que la reunificación por medios pacíficos ya no es por ahora posible. Y, al no serlo, es una cuestión que ha dejado de tener interés en la Alemania Occidental. Sólo el 14 por 100 de las opiniones consultadas declaró que la reunificación es posible todavía por medios pacíficos.

* * *

Si la cuestión de la guerra o la paz como el instrumento definitivo acaba siendo la gran incógnita atravesada en el camino de la reunificación de Alemania, y si la gran mayoría del pueblo alemán parece resignado a continuar como ahora antes que empuñar otra vez las armas, ¿qué se podría decir de una guerra provocada y suscitada por la cuestión de Berlín?

En estas últimas semanas se ha hablado mucho de la posibilidad, más real que hipotética, de un conflicto armado sobre Berlín, por la sencilla razón de haberse llegado al convencimiento general de que los Estados

BERLÍN, ALEMANIA Y LA "GUERRA FRÍA"

Unidos y sus aliados con fuerzas de ocupación en los sectores occidentales de Berlín estarían dispuestos, en el caso de imponerse un nuevo bloqueo de los transportes terrestres y fluviales que enlazan a la ciudad con la Alemania Occidental, a enviar un convoy militar armado y dispuesto a abrirse paso, mediante el empleo de la fuerza, si no queda otro remedio. El propio míster Dulles aludió claramente a la posibilidad del recurso a la fuerza, en el caso de ser necesaria, para continuar abasteciendo los puestos militares aliados en Berlín. «Estamos dispuestos—afirmó—a conservar nuestra posición en el Berlín occidental y al acceso a ella. Existe un acuerdo general entre nosotros en lo concerniente a los procedimientos a seguir en el caso de ser invocados medios físicos para interferir nuestros derechos».

Pero, ¿podrían llegar las cosas a tales extremos?

Posiblemente.

Una razón para ello está en el convencimiento, cada día más arraigado, de que la Unión Soviética cumplirá lo prometido: traspasar todas las funciones de sus tropas de ocupación en Berlín a las autoridades de la Alemania Oriental, al Gobierno marioneta de Pankow, en el caso de no haberse encontrado una solución satisfactoria para las demandas hechas en lo que pudiera ser algo menos que un ultimátum, a juzgar por la forma insinuante en que Anastas Mikoyan, durante su visita a los Estados Unidos, habló de que un vendedor fija algunas veces un precio más alto del que espera recibir por sus artículos, para poder mejor regatear. Hay, por otra parte, indicios cada día más llamativos de que el actual estado de cosas en Berlín, y quizá en toda Alemania, está resultando incómodo y pudiera acabar resultando intolerable para la Unión Soviética.

Berlín, ya lo hemos visto, es un mal ejemplo que los occidentales tienen a la vista todos los días de los alemanes sometidos a un régimen que no acaba, por mucho empeño que pudiera tener puesto en ello, por presentar nada remotamente parecido. Y, por esta y otras razones, la posición de la Unión Soviética está llamada a ser más delicada cada día en la Alemania Oriental. Hay, por la Alemania Oriental, una resistencia creciente, especialmente en los medios intelectuales, a la aceptación no sólo de la ocupación soviética, sino de un régimen que es el instrumento notorio de esa ocupación. No es aislado el caso del profesor Mothes, de la Academia de Ciencias Naturales de Halle, que se levantó en un debate público, hace ahora un año, para encararse con Ulbricht, el jefe del partido co-

munista de la Alemania Oriental, y decirle: «Para hacer algo grande, nosotros, los hombres de ciencia, necesitamos, hasta cierto punto, ponerlo todo en duda. El progreso científico consiste en abrir interrogantes sobre el pasado».

Se sabe ciertamente cuándo y dónde empiezan las preguntas y las interrogantes; pero no cuándo ni dónde terminan.

Para la Unión Soviética ha de ser necesariamente un motivo de preocupación la posibilidad, por hipotética que llegase a parecer, de la reproducción de algo parecido a lo que sucedió en junio de 1953. Y más todavía la prolongación indefinida de un estado de cosas susceptible de crear en la Alemania Occidental una potencia muy fuerte, económica y militarmente dotada de armamento nuclear y en condiciones, quizá, algún día, de reclamar, con la amenaza del empleo de la fuerza, no ya la reunificación, sino incluso el restablecimiento de las antiguas fronteras, la recuperación de los «territorios perdidos.»

Hace pensar esto en la posibilidad de que la política soviética en relación con la Alemania Oriental haya entrado en una fase de grandes revisiones y alteraciones, que busque por un lado hacer necesaria económicamente la colaboración alemana con el resto del mundo comunista y, por el otro, crear nuevas corrientes de simpatía y afinidad al conceder una mayor autonomía al Gobierno de Pankow y ofrecer al mundo con ello una sensación de mayor independencia y libertad por toda la Alemania Oriental. La «germanización» de Berlín sería un buen paso en el camino que condujese al logro de estos objetivos. A la vez que una buena manera de colocar a los aliados occidentales en una posición embarazosa, en el mejor de los casos.

La situación actual en torno a Berlín, es tan compleja y tan delicada que se presta además para acabar ensanchando diferencias y divisiones entre los aliados occidentales, algo que se había llegado a considerar inminente y, es más, inevitable, a medida que iban surgiendo nuevas y mayores problemas, pero que todavía no se ha traducido en una realidad concreta, quizá debido en gran parte a la influencia decisiva y las dotes de negociador nada corrientes de John Foster Dulles. Pero John Foster Dulles está llamado en cualquier caso a dejar de ser una figura dominante en el panorama de la vida pública norteamericana y, con ello, de las relaciones internacionales a lo largo de los próximos años cortos, cuando más, que es la duración máxima del mandato presidencial de Eisen-

hower, y hay indicios sobrados de que concluirá bastante antes, a causa de un grave quebrantamiento físico.

Hay diferencias entre los aliados occidentales, aun cuando no divergencias, según la apreciación del propio Dulles. Y hay, sobre todo, inconsistencias, tanto de política nacional como de política internacional. Es poco y nada concreto, por ejemplo, lo establecido sobre la permanencia indefinida de las tropas de ocupación en Berlín y menos todavía sobre la permanencia en ella de unas tropas que pudieran sentir la necesidad de retirarse. Claro que esto no sería tan difícil de aceptar si no llevase claramente implícitas consecuencias para las demás potencias ocupantes. Pero, en cualquier caso, no deja de resultar muy extraño, quizá incongruente incluso, hablar de la posibilidad, es más, de la probabilidad de ir a la guerra para evitar que esas mismas tropas soviéticas salgan de Berlín.

Todas las explicaciones resultarían pocas para resistir los estragos psicológicos de una propaganda habilidosa orientada en el sentido de dar significación a semejante acontecimiento. ¿Es que se podría encontrar justificación alguna para una guerra suscitada en semejantes circunstancias? Es más, para los aliados occidentales resulta aceptable más que tolerable un régimen que concede a las autoridades soviéticas el derecho de inspección o comprobación de los abastecimientos que, con destino al Berlín occidental, pasan por los puntos de vigilancia a lo largo de las carreteras, ferrocarriles y canales. En ese caso, ¿por qué no habían de resultar igualmente aceptable un régimen en el que la vigilancia corriese a cargo de autoridades de la Alemania Oriental en vez de soviéticas?

Y en un último análisis, siendo la Alemania Occidental, como lo es, un miembro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, con plenitud de derechos, ¿no sería posible contestar a la decisión soviética de hacer un traspaso de la autoridad y funciones de sus tropas de ocupación en Berlín a las autoridades alemanas con otra parecida, confiando la autoridad y funciones de las tropas aliadas en el Berlín occidental al Gobierno de Bonn, capacitándole así para el envío de tropas a la ciudad encargadas de mantener por algún tiempo más la ficción de un sistema que está en cualquier caso anticuado ya?

Lo peor de una situación como esta es que todo queda, en definitiva, a merced de un solo factor: el tiempo, con la esperanza de que mañana el ambiente sea algo más propicio. Hasta ahora, sin embargo, el tiempo ha mostrado una tendencia casi irresistible a actuar de manera desfavora-

ble para los que están empeñados en la conservación de un «statu quo» llamado siempre a terminar en el naufragio, cuando no se ha preferido el olvido y más todavía en un mundo que está pasando por una fase de cambios tan dinámicos como sensacionales. Bastó con hablar de la decisión de resolver toda maniobra soviética en Berlín en forma inaceptable para las potencias occidentales con el envío de una columna acorazada, para que se propagase el rumor de que Inglaterra por lo menos no estaba de acuerdo, hasta el punto de aceptar, en un momento psicológicamente comprometido, su primer ministro, Harold Macmillan, la invitación para visitar Moscú, al frente de una delegación tan numerosa y tan importante que parecía, ciertamente, ir en misión negociadora. Se negó este aspecto de la cuestión, naturalmente, pero no se pudo por ello desvanecer del todo la bruma sospechosa que, para la gran mayoría de la opinión, había venido a empañar la armoniosa colaboración aliada en torno a la *cuestión de Berlín*. La había empañado hasta el punto de hacer necesario un nuevo y muy doloroso—en un sentido físico además de moral—viaje a Europa del secretario de Estado norteamericano, posiblemente el último que hacía, a juzgar por lo que encontraron los médicos que le operaron de hernia apenas había regresado a Washington. Quizá ya no fuese posible, al menos durante un período de tiempo considerable, el restablecimiento en su anterior plenitud de la colaboración de los aliados occidentales.

La crisis de Berlín—esta segunda crisis—es un vértice histórico y lo que tiene al otro lado difícilmente puede parecerse y menos todavía ser la continuación de lo que queda para acá. Por eso tiene tanta importancia la crisis de Berlín y por eso sobre ella no acaban de comprender los alemanes cómo pudiera conducir a la necesidad de tener que empuñar de nuevo las armas.

* * *

El recurso a las armas sería de todo punto inevitable si las actitudes extremas adoptadas hasta ahora en torno de la cuestión no sufriesen modificaciones importantes. Y todo ello por ser tan extraordinarios los cambios que se han producido desde 1948-49, cuando surgió la crisis de Berlín por vez primera, demostración de lo inútil y, más aún, perjudicial del empeño por conservar, en tales circunstancias, unas condiciones de «statu

quo». A lo largo de estos años han perdido los Estados Unidos, ya lo hemos visto, el monopolio de las armas nucleares, por lo que son necesarias nuevas fórmulas de inteligencia y colaboración en el campo de las relaciones internacionales—en el caso, naturalmente, de desear su conservación—y se han realizado progresos que hacen prácticamente imposible la repetición con éxito del fenomenal ensayo de «puente aéreo» de hace diez años.

Se dice que han cambiado las condiciones del Berlín occidental tanto en estos dos lustros que ya no bastaría con todo el abastecimiento que se pudiese mandar por aire. La ciudad, esa parte occidental de la ciudad, ha crecido mucho, está toda ella prácticamente reconstruida y vive una vida de lozanía y prosperidad que no es, a pesar de todo, completamente satisfactoria. Hay docenas de miles de parados, parados crónicos, y hay que mantener una sensación de holgura que cuesta muy cara, como lo demuestran las abultadas subvenciones concedidas periódicamente por el Gobierno de la Alemania Occidental. Berlín es un escaparate y los escaparates, para que sean realmente eficaces, cuestan buen dinero.

Por todas estas razones no bastaría, para el abastecimiento de la ciudad, de quedar nuevamente cortadas las comunicaciones por carretera, ferrocarril y canal, con un nuevo «puente aéreo». Pero queda otra y la más importante de todas.

El mantenimiento de ese «puente aéreo» sería posible sólo mientras los rusos lo tolerasen. Desde aquel de 1948-49 hasta el que pudiera ser establecido en un futuro próximo, han pasado unos años en los que sucedieron cosas tan graves como el destino de ese avión norteamericano con 17 hombres a bordo que «perdió» momentáneamente la dirección y penetró en el espacio aéreo soviético, por la Armenia, para ser inmeditamente atacado y abatido. De la misma manera que los Estados Unidos dieron después a conocer el texto del diálogo que se desarrolló entre los aviadores soviéticos que le dieron caza, podrían haber revelado posibles pruebas documentales de que ese mismo avión u otros habían caído literalmente en una trampa, en vez de haber perdido la dirección, atraídos por las «avenidas» que por el espacio trazan las ondas de radar de las estaciones montadas originalmente con fines de ayuda a la navegación aérea, que pueden también convertirse en peligrosos instrumentos de entorpecimiento.

Es evidente que los muchos y variados servicios de radar montados por la Unión Soviética en las cercanías de Berlín y quizá a lo largo de la ma-

yor parte de las fronteras que separan al mundo comunista del mundo libre podrían no sólo cegar literalmente a los pilotos de un nuevo «puente aéreo» que viajasen durante la noche, sino que podrían además engañarlos y hacerles seguir una ruta que los condujese inevitablemente a su propia destrucción.

Pueden haber surgido complicaciones y dificultades para el abastecimiento aéreo del Berlín occidental, en caso necesario, con la eficacia con que se hizo durante casi un año entero en los días en que estaba comenzando precisamente la «guerra fría», pero lo peor de todo es la presencia de ese seguro peligro para la navegación aérea y nocturna entre Alemania Occidental y Berlín, en el caso de empeorar mucho la crisis iniciada con la nota soviética del 27 de noviembre pasado.

* * *

La cuestión de Berlín es la reproducción, en miniatura, de la cuestión de Alemania. Pero mientras en Alemania, de una forma u otra, no siempre del todo satisfactoria, se fué resolviendo el problema de la ocupación militar—que sigue en pie en la Alemania Oriental, aun cuando las muchas divisiones soviéticas allí no figuren ya como tropas de ocupación—en Berlín continúa en pie, casi como el primer día. A pesar de que Berlín es parte de Alemania y de que el régimen de ocupación militar tenía como una finalidad, entre varias, de acuerdo con lo establecido por los aliados occidentales en la conferencia de Potsdam, «la preparación de la eventual reconstrucción de la vida política alemana y la eventual colaboración pacífica de Alemania en la vida internacional».

Tan resuelta, tan sorprendente ha llegado a ser la colaboración de una parte por lo menos de Alemania en la vida internacional, que se está dando el caso de que la más formidable resistencia a las concesiones que pudieran tener como salida la resolución del problema de Berlín primero y la reunificación de Alemania a continuación, procede hoy de Francia, no de Alemania o de los Estados Unidos, según ya hemos visto. La razón superficial que se da, consiste en la oposición del general Charles De Gaulle, Presidente de Francia, a que se inicien negociaciones de «alto nivel» con la Unión Soviética sobre Berlín antes del 27 de mayo, porque eso pudiera interpretarse como una concesión que había sido hecha ante la actitud amenazadora de Moscú. Primero, esperar a que finalice el plazo del últi-

mátum; y, después, examinar tranquilamente la situación y ver lo que procede hacer.

En realidad se trata, desde el lado francés, no de conservar el «statu quo» establecido con los acuerdos entre los aliados sobre la ocupación de Alemania y Berlín, sino de reconocer los cambios, algunos sensacionales, que se han venido produciendo y el más significativo de los cuales es esa singular reorientación de la política exterior y de toda la estructura económica de la Alemania Occidental. La mentalidad y la posición de Francia son lógicas ante todo y, para ella, no hay lógica en el empeño, cualquiera que sea, por encontrar una resolución a los problemas actuales de Europa que acabaría un día u otro haciendo revivir viejos antagonismos y peligrosas rivalidades.

¿Qué representaría, en primer lugar, la reunificación? El retorno, en una forma u otra, a una situación parecida a la que existía anteriormente, con la tremenda perspectiva de que una Alemania completamente neutralizada podría ser campo favorable para la generación de una revolucionaria inestabilidad y una Alemania que, en esta Era de las armas nucleares, se inclinase resueltamente de un lado o del otro acabaría por romper en seguida toda esa delicada estructura de equilibrio y estabilidad que ha ido saliendo del mundo de la posguerra. Para la futura paz y tranquilidad resultaría tan inaceptable una Alemania unificada que se pusiese del lado de la Unión Soviética, como una Alemania unificada que sintiese inmediatamente la necesidad irreprimible de recuperar los «territorios perdidos».

Por eso se ha desembocado, una y otra vez, en intentos de solución de un problema que se ha traducido, entre otras cosas, en planes como el de Rapocki, el de Kennan, el de Gaitskell y, últimamente, el de Mansfield, una de las autorizadas representaciones de la nueva corriente democrática y liberal que está gozando de gran ascendencia en los Estados Unidos y que prometía, antes ya de manifestarse la grave enfermedad de Dulles, traducirse en cambio significativo de orientación en la política exterior de la nación.

En síntesis, los tres primeros planes, son:

Plan Rapacki: «Desnuclearización» de una extensa zona por la Europa central, formada por toda Alemania, oriental y occidental, Polonia y Checoslovaquia y que en forma revisada, para tomar en consideración las objeciones occidentales, establece la prohibición de toda producción de armas atómicas en estos países, así como la restricción de los armamentos ató-

micos en la zona de las fuerzas que ya se encuentran en posesión de ellas, para pasar después gradualmente a la fase de la «desnuclearización» total y la reducción gradual de las fuerzas armadas convencionales en toda la zona, incluidas las tropas de los Estados Unidos y la Unión Soviética que pudiese haber en los países que la forman. (Adam Rapacki, ex ministro de Asuntos Exteriores de Polonia.)

Plan Gaitskell: Reunificación de Alemania mediante elecciones libres y evacuación total de todas las tropas extranjeras en Alemania, Polonia, Checoslovaquia y Hungría. De esta manera, no sería necesaria la permanencia de la Alemania Occidental en la O.T.A.N., ni de la Alemania Oriental en el Pacto de Varsovia y toda la región quedaría de hecho clara y específicamente fuera del radio de acción de la «guerra fría». Los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y la Unión Soviética, garantizarían la conservación y la inviolabilidad de las fronteras de esta inmensa marca establecida en el centro de Europa. (Hugh Gaitskell, autor de este plan, es, como se sabe, jefe del partido laborista de la oposición parlamentaria al Gobierno conservador de Inglaterra.)

Plan Kennan: Abandono completo de las tropas norteamericanas en la Europa occidental y retirada total de las tropas soviéticas de la Europa oriental, de los Estados satélites no menos que de la Alemania del Este y aceptación de la neutralización de Alemania como el precio de la reunificación. (George Kennan ha sido embajador de los Estados Unidos en Moscú.)

* * *

El plan Kennan, esbozado originalmente a fines de 1957, en una serie de conferencias dadas en Londres, ha vuelto a un plano de gran actualidad por haber encontrado entusiastas defensores en esa corriente demócrata y liberal que va ganando terreno día a día en los Estados Unidos desde las elecciones de «midterm» de 1954 y que se acaba de traducir en actitudes tan llamativas como la del senador J. Milliam Fulbright, presidente ahora de la Comisión de Asuntos Exteriores, el cargo más importante de los Estados Unidos, desde el punto de vista de la política exterior, después del de secretario de Estado, Fullbright es partidario de liberalizar y dar mucha mayor flexibilidad a la política exterior norteamericana no menos que de alcanzar alguna forma de «disengagement»—separación—escalonada por la Europa central, de acuerdo con la teoría de Kennan y en contra de la de mister Dulles.

Ante la sospecha de que el mundo se aproxima, por muy lenta y gradualmente que sea, a posiciones que hagan absolutamente necesaria una rectificación a fondo, se habla ya de un nuevo plan, éste del Departamento de Estado, puesto que se le conoce con el nombre de Murphy (Robert D. Murphy es actualmente subsecretario adjunto del Departamento de Estado y ha sido largamente uno de los colaboradores más activos de mister Dulles). En síntesis, recomienda la formación, con carácter interino, de una «confederación» de las dos Alemanias destinada a representar a todo el país hasta la reunificación, conseguida finalmente en unas elecciones generales y libres; traslado al Berlín occidental de la capital de la República Federal Alemana y establecimiento, al mismo tiempo, de relaciones oficiales entre las dos Alemanias.

Por último ha surgido una nueva propuesta, hecha por el jefe de la minoría demócrata en el senado, Mike Mansfield, al pedir la unificación de los dos sectores de Berlín mediante negociaciones directas entre la Alemania Occidental y Oriental, lo cual, de aceptarse, supondría que se había hecho al Comunismo una concesión de suma importancia, nada menos que el reconocimiento público y oficial por parte de la Alemania Occidental del régimen comunista de la Alemania Oriental.

La solución, de esta manera negociada, del problema de Berlín, podría ser no sólo la evitación de una grave crisis, capaz, según el senador Mansfield, de desembocar en una nueva guerra mundial, sino la manera de llegar a la reunificación de Alemania.

Además, el senador Mansfield propuso:

«La retirada de las tropas soviéticas y aliadas de Berlín—éstas últimas son en la actualidad unas 10.000—para ser reemplazadas por una fuerza de las Naciones Unidas, encargada de vigilar la aplicación de un acuerdo destinado a reunificar la ciudad.

»Continuación de las fuerzas aliadas en Berlín, en el caso de fracasar los intentos de unificación o neutralización de la ciudad.

»Conceder eventualmente a todos los alemanes la oportunidad de expresar sus preferencias políticas libremente y «sin la amenaza del terror».

»Acuerdo entre los aliados occidentales y la Unión Soviética sobre algún medio que garantice a una Alemania unificada contra las presiones militares del exterior y dé seguridades de que no será tolerada una presión semejante de Alemania sobre cualquiera de sus vecinos.

»Decisión de buscar en serio métodos para la limitación de la carrera

de armamentos en Alemania y la Europa central y propósito de examinar cuidadosamente las propuestas para la creación de una zona en Europa, libre de las armas atómicas, así como de ir reduciendo las fuerzas armadas que tanto los aliados como la Unión Soviética mantienen en Europa.»

* * *

Hay en todos estos planes, es evidente, algo común: el convencimiento de que existe la posibilidad de encontrar una solución negociada a los problemas de la posguerra, en particular el de Berlín y, en general, el de toda una Alemania dividida y que se pueden hacer nuevas e importantes concesiones a la Unión Soviética con tal de lograr la retirada de sus fuerzas de ocupación por la Europa central. Hasta Willy Brandt, el alcalde del Berlín occidental que hace poco hizo un viaje alrededor del mundo en busca de apoyo para la posición de la ciudad en estos momentos, y quizá también en busca de esa popularidad y renombre que pudieran acabar situándole al frente del partido socialdemócrata alemán, con la perspectiva nada desalentadora de acabar siendo un día jefe del Gobierno de la República Federal Alemana, se ha mostrado poco conforme con la actitud rígida, hasta semanas muy recientes, de mister Dulles, el doctor Adenauer y, sobre todo, De Gaulle. Willy Brandt encontró mucho que le parecía censurable o, en cualquier caso, digno de enmiendas y modificaciones, en la posición del Canciller Adenauer. Por ejemplo: «No me gusta la idea —declaró— de que más y más países, incluido el mío propio, reciban armas nucleares. Me sentiría mucho más feliz si estas armas pudiesen quedar limitadas a dos o tres potencias».

Y Willy Brandt llegó a considerar el plan Rapacki como «entre otras propuestas, la base de unas discusiones... «No podemos suponer automáticamente qué significa el debilitamiento... del Occidente».

Ya por el camino de las concesiones, Willy Brandt llegó a declarar que «sería una equivocación no tomar seriamente en consideración la preocupación soviética por la seguridad», y a encontrar claros motivos de censura en la diplomacia occidental, «que siempre se orienta sobre la base de las notas soviéticas», lo cual le hace encontrarse en todo momento en una posición defensiva.

* * *

Por el Occidente existe un claro movimiento de disconformidad, de crítica y de censura por la política que se ha seguido a lo largo de estos años de posguerra, una política demasiado rígida, inflexible, atada a consideraciones a menudo subjetivas, sujeta por principios más bien morales que materiales, predispuesta siempre a no reconocer amplia y totalmente la influencia y la fuerza de los hechos, lo que más de una vez ha dado al Comunismo triunfos cuando sólo podía esperar derrotas, tal había sido su imprudencia o su desconsideración de los derechos y las libertades de los demás.

El Comunismo se ha convertido en una inmensa, pavorosa fuente de poder, al estar como ya está bajo su acción directa una tercera parte de la población del mundo; pero como una fuerza moral, intelectual y políticamente expansiva ha entrado ya en la fase de la decadencia, según teorizantes de la talla de George Kennan, lo cual carecería completamente de sentido si con ello no se quisiese decir que, lentamente, casi imperceptiblemente, el Comunismo allí donde es un instrumento de gobierno, está desprendiéndose de todo posible motivo de identificación con un movimiento de carácter revolucionario, para acabar convirtiéndose en un partido o tendencia más, de clara orientación nacional, no internacional. «Creo—declaró Kennan hace poco—que el Comunismo, como ideología, está muerto; no sólo en la Europa occidental, sino a través de una gran porción del continente europeo y que nunca más volverá a ser una gran fuerza emocional y de atracción».

Si fuese así, el mundo occidental nunca tendría motivos de arrepentimiento por haberse apresurado, aun haciendo para ello concesiones, que según mister Dulles sólo serán posibles en el caso de que haya contraconcesiones soviéticas, a sofocar la mecha primero y a retirar en seguida la bomba de efectos retardados—¿el ultimátum soviético?—que según Kruschév ha sido colocada en un sótano de Berlín cargada de pólvora y que puede estallar en cualquier momento.

El cualquier caso, el problema de Berlín, antesala del problema de Alemania y, en definitiva, de todo el vasto escenario donde desde hace diez años se viene desarrollando la «guerra fría», es tan grave ya, que bien merece una revolución que aleje de una vez de Europa y el mundo el espectro de una nueva guerra.

JAIME MENENDEZ

